

“LA NUEVA GENERACIÓN TIENE OTRA VISIÓN DEL NEGOCIO”

Luis y Gianfranco Ciarelli

Los orígenes

Luis: Nací en Quilmes, Provincia de Buenos Aires, en 1955, hijo de Pascual y Rosina, inmigrantes italianos de la región de Isola. La familia se completa con mi hermano Luciano.

Me crié en un hogar donde mi papá era un albañil que también trabajaba sábados y domingos haciendo changas. Me llevaba a mí como peón. Un tipo serio, que no hablaba mucho, pero que me dio una buena educación.

Empecé la secundaria en la escuela técnica de Berazategui, pero no la terminé. En tercer año, me cansé de estudiar y conseguí un trabajo en una metalúrgica de esa misma zona. La empresa se especializaba en cerramientos de edificios y tornería.



Graciela, Caterina y Luis Ciarelli en la Fiesta de la Papa 1993.



Nuestra planta.

Tras trabajar allí durante unos años, en 1972, me mudé a Mar del Plata. Entré en Néstor Huicci, una fábrica de máquinas agrícolas. Allí estuve seis años, como oficial múltiple, aprendiendo el oficio y a usar todas las máquinas.

Unos años después, quise emprender mi propia aventura industrial. En el '80, me instalé en un garage e inicié una herrería de obra.

Incursión en las cosechadoras

En 1981, un importante productor de papa de Mar del Plata, Antonio Navarro, me prestó dinero para que comprase un balancín. Lo precisaba para empezar a fabricar repuestos para cosechadoras de papas. Es que él necesitaba que alguien produjera esos repuestos, para no tener que importarlos.

Así le empecé a hacer todas las piezas de la cosechadora. Pronto, la gente empezó a saber que yo me especializaba en esa clase de reparaciones, un talento escaso en esos tiempos.

Estaba muy ocupado durante la temporada de papa, de diciembre a abril. Pero el resto del año no me cruzaba de brazos; como quería progresar, seguía con la herrería de obra, haciendo rejas y muebles de decoración en hierro.



Interior de nuestra planta.

Tiempo después, empezaron a entrar más cosechadoras de papas al país. Empecé a trabajar para la firma García Hermanos, que había importado un modelo de máquina llamado Ana, pero no los repuestos. Así que me pidieron que yo se los fabricara.

De a poco, de mi pequeño garage, pasé a un galpón de 200 m² en el barrio Las Avenidas. Ya tenía algo de personal: me ayudaban dos muchachos.

Al vaivén de la industria nacional

En la época de Alfonsín, trabajé mucho en relación con el puerto, fabricando herrajes para equipos de pesca. El problema es que las empresas pesqueras pagan a largo plazo. Y eso me jugó en contra en épocas de alta inflación. Lo que tenía para cobrar no valía nada.

Así que fue por ese entonces que decidí dejar de trabajar con el puerto y dedicarme al campo, que era lo que más me gustaba.



Repuestos para cosechadora en el interior del stand en la Fiesta de la Papa 2014.

En el 1993, puse un stand en la Fiesta de la Papa de Otamendi, para mostrar todos los repuestos que estaba fabricando.

En el '95, entró McCain a la Argentina y se instaló en la localidad de Balcarce. Trajeron máquinas importadas, pero no los repuestos. Así que me dedique a hacer repuestos para ellos. Eso me obligó a empezar a dedicarme al caucho, que formaban parte de muchas de las máquinas. También fabriqué los equipos para vulcanizar el caucho de las piezas.

Seguí creciendo, y me mudé del barrio Las Avenidas a la zona de la Ruta 88. Construí un galpón de 280 m², y gracias a que fuimos creciendo, luego lo amplié a 400 m².

Luis Rodolfo Ciarelli, hoy

Actualmente, trabajamos en un galpón de 400 m², con un plantel de diez empleados.



Felpudo para conchadora.



Acarreador saca yuyos.



Luis y Gianfranco Ciarelli en la Fiesta de la Papa 2014.

Nuestra especialidad son los repuestos para las máquinas de papas. Somos los únicos que los fabricamos en la Argentina. Tenemos clientes en todo el país: Mendoza, Tucumán, Córdoba y todo el sudeste de la provincia de Buenos Aires. Hace poco vinieron a comprarnos productores de Chile.

Ahora, veo un futuro incierto. Nos ha bajado el trabajo. Además, todos nuestros insumos se pagan en dólares, pero nuestras ventas son en pesos. Si le sumamos las cargas sociales, el precio de nuestros productos es como el de los repuestos importados.

Aunque nuestra calidad es buena, si no hay mucha diferencia en el precio, el chacarero prefiere el producto importado, porque es el original de fábrica. Además, ellos otorgan un financiamiento de seis a doce meses, algo imposible para mí.

Yo voy todos los días al taller y doy indicaciones, pero actualmente la empresa está en manos de la siguiente generación. Mi hijo Gianfranco, de veintisiete

años, trabaja en el taller. Mi hija Caterina, un año mayor que él, se ocupa de las cuestiones de la oficina.

Gianfranco: De chico, ya iba al taller, que estaba detrás de nuestra casa. A los cinco años, jugaba con la agujereadora o la limadora. Cursé un bachillerato especializado en ciencias naturales y luego estudié tres años para analista de sistemas. Pero después dejé y empecé a meterme en la empresa.

Me gusta la industria. Y estoy entusiasmado con la posibilidad de aplicar nuevas herramientas, como mecanizado CNC.

Luis: Yo hice todo a pulmón y despacio. Nunca saqué un crédito. Si tenía que esperar un año, esperaba. La nueva generación tiene otra visión del negocio.

Gianfranco: Mi padre es muy hábil e ingenioso para crear. Aunque también hay momentos en que está tapado de trabajo y no tiene tiempo de buscar otras alternativas. Considero que es importante diversificar nuestra producción.

El futuro

Me casé con Graciela Mabel Ramazzotti en 1987, una mujer que siempre me ayudo para lograr lo que somos.

A mis hijos siempre les digo que sean responsables y honestos en el trabajo. Las cosas hay que hacerlas bien y una sola vez, para que nadie tenga que venir a reclamar.

Antes no podía dejar el taller porque no había quien me reemplace. Ahora que mis hijos ya son grandes, puedo dedicarme un poco más a pasear. Hago manualidades. Me gusta fabricar cuchillos para regalarles a mis amigos.

Después de trabajar tantos años en la metalurgia, la llevo en el cuerpo, me dejó cicatrices. Me he cortado las puntas de los dedos con el torno. Cualquiera que mire mis manos se da cuenta que son las de un laburante.

La experiencia me hizo crecer y me transmitió una convicción: el metalúrgico que no tiene ninguna herida no es metalúrgico.